

El primer encuentro de Juan Ramón Jiménez con su Dios deseado

Creía Juan Ramón Jiménez que el romance del Conde Arnaldos es uno de «los logros mayores líricos de nuestro idioma»¹. Tal afirmación data de 1954, en los últimos meses de su actividad intelectual, de modo que patentiza sus gustos cuando más depurados se hallaban. En ocasiones anteriores había asegurado lo mismo, y su opinión es compartida por los estudiosos de nuestra lírica, que le han dedicado atención primordial.

La versión que nos ha llegado del romance, con sus 26 versos, contiene muchos enigmas. Precisamente por ese motivo, su misterio encanta al lector, y le permite suponer la existencia de un comunicado en clave para los iniciados.

Está situada la acción en «la mañana de San Juan», día mágico por excelencia en los calendarios de todas las culturas. Al apropiárselo el cristianismo, convirtió la celebración del solsticio del verano en la conmemoración del misterioso nacimiento de Juan el Bautista, llamado el precursor del Cristo. Tan importante resulta este personaje, que el *Evangelio* de Lucas se inicia con la narración de su extraña concepción anunciada por el ángel Gabriel. Ese día, 24 de junio, es el de la onomástica de Juan Ramón, que la celebró siempre.

También sorprende que el Conde Arnaldos fuese a cazar a la orilla del mar, porque no es el lugar más adecuado. Y, por supuesto, maravilla que la canción del capitán de la galera fuese capaz de calmar las aguas y los vientos, y de atraer la atención de peces y aves.

Más insólito aún es que el marinero se niegue a repetir su canción al conde, en una época en que los llamados nobles eran dueños de vidas y haciendas. El atrevimiento del marinero se justifica en que su cantar es para los iniciados: «Yo no digo esta canción / sino a quien conmigo va».

Cabe imaginar una fraternidad secreta en la que estaba inscrito el marinero, cuyos rituales eran privados. Algo semejante a la inmensa minoría

¹ Juan Ramón Jiménez, «Respuesta clara y concisa», Cuadernos Hispanoamericanos, núm. 535, Madrid, enero 1995, p. 11, af. 10.

elegida por Juan Ramón como destinataria de sus libros. Es lógico que le inquietase el aura mágica del romance y quisiera interpretarla.

Tengamos en cuenta que él nació en el solsticio del invierno, el 24 de diciembre. Este día es también sobrenatural en todas las culturas primitivas; igualmente se lo apropió el cristianismo, haciendo nacer en esa fecha a Jesús de Nazaret, el Cristo. Por ese motivo se apodó Juan Ramón El Niñodios en algunos poemas evocadores de su infancia en Moguer.

Y en el séptimo capítulo de *Platero y yo*, traspuso la imagen del Cristo montado sobre un asno, en su entrada triunfal en Jerusalén, con la suya propia por los campos moguerenos, sirviéndose de una referencia a su barba y a la del Nazareno: «Vestido de luto, con mi barba nazarena y mi breve sombrero negro, debo cobrar un extraño aspecto cabalgando en la blandura gris de Platero». Es una semejanza, no una identificación.

De modo que Juan Ramón, educado en la pésima tradición católica de los jesuitas en su colegio del Puerto de Santa María (Cádiz), asumió las festividades cristianas del 24 de diciembre, día de su nacimiento, y del 24 de junio, día de su onomástica, además de reflejar al Niñodios y al Nazareno.

El marinero misterioso

Abandonamos ese tema por el momento, para volver al romance del Conde Arnaldos. Lo que inquietaba a Juan Ramón era la identidad del marinero cantor. Varias veces se refirió al asunto, planteando la pregunta sin responderla. Por ejemplo, en un aforismo de fecha incierta, anterior quizá a 1920, titulado «El Conde Arnaldos», que dice así: «¿Quién es el marinero del barco? ¿Es Dios, es el Arte, es el Amor o la Muerte?»².

En una conferencia sobre «Poesía y literatura», dictada el 15 de enero de 1940 en la Universidad de Miami y editada al año siguiente por el mismo centro, después de leer el romance del Conde Arnaldos, preguntaba a los oyentes: «El marinero que va en la galera, ¿quién es, el amor, la gloria, la muerte? ¿Es un verdadero o un engañador?» Tampoco respondió entonces, pero propuso tres posibles identificaciones.

Si las unimos a las cuatro presentadas en el aforismo, algunas coincidentes, hallamos estas personificaciones: Dios, el Arte, el Amor, la Gloria o la Muerte.

Puesto que Juan Ramón quiso dejar la pregunta en suspenso, quédese así. Solamente destacaremos que la escena descrita en el romance sucedía a la orilla del mar. Y conviene añadir que el mar adquiere una relevancia

² Juan Ramón Jiménez, *Ideología*, ed. de Antonio Sánchez Romeralo, Barcelona, Anthropos, 1990, p. 80, af. 301.

¿A quién da las gracias Juan Ramón? Es un ser del género masculino, que estuvo a su lado «serio, callado, quieto». ¿Es Dios, es el Arte, es el Amor, es el marino del romance? ¿Y qué es lo que le agradece?

Un encuentro feliz

Por el momento dejaremos esas cuestiones sin responder. Lo mismo que el romance del Conde Arnaldos, el poema juanramoniano aparece envuelto en una capa misteriosa, que le proporciona un gran encanto. Empieza por evocar un momento pasado, sin explicar cuándo, pero sucedido en el mar. Así que es factible suponer que fue un acontecimiento próximo.

Juan Ramón se había apartado una noche de los pasajeros, y se puso a llorar en la borda del barco. No explica los motivos del lloro. La primera estrofa del poema se limita a contar el hecho, sin dirigirse a nadie en particular. La segunda estrofa añade una referencia al tiempo, que se une a la espacial de la anterior. Tampoco determina nada con exactitud, puesto que no se dio cuenta del paso del tiempo.

En la tercera estrofa, habla directamente al personaje misterioso. Le dice cómo lo vio de repente a su lado y se produjo entonces un cambio sustancial en la situación anímica del poeta. Llegó a afirmar que entró el mar en su corazón, y que esa oleada dio las gracias al personaje silencioso.

Podemos deducir ahora una primera explicación: los motivos del lloro se debían a una incertidumbre anímica, y al encontrar al personaje se sintió consolado. Por eso le dio las gracias «con mi vida náufraga /en su sombra de luces infinitas», dice en bella imagen poética. Su vida era náufraga porque carecía de rumbo o sentido, y por eso andaba en la sombra sin ver las luces infinitas del Universo. Confiesa que le dio las gracias «torpemente», ante lo inesperado del encuentro.

Añade Juan Ramón: «No te vi ya», de modo que el personaje desapareció de manera tan insólita como se había materializado. El dato referencial asegura que dejó de verlo, con lo cual incluso cabe pensar que no tenía una existencia real o carnal.

La última estrofa alude al presente, en ese 19 de junio tan próximo al solsticio del verano. En ese instante no es de noche, sino que luce el Sol, y el poeta no tiene «la luna /en la frente», como antes, sino «la aurora en el pecho». Y ese amanecer, que es semejante a un renacer espiritual, le proporciona una gran fuerza para gritar «¡Gracias!» al ser innominado que lo acompañó silenciosamente en la noche oscura de su alma en alta mar. Es de suponer que la acción de gracias esté motivada por esa compañía callada en un momento de angustia.

Acción de gracias

Hemos recordado ya que Juan Ramón enlazaba el *Diario* con *Animal de fondo*, por ser dos poemarios de renovación estética originada por sus viajes oceánicos. Pero sabemos que *Animal de fondo* constituye la primera parte de su último gran libro, *Dios deseado y deseante*, que él no llegó a publicar y que aún espera un editor sensato y entendedor de sus palabras⁵.

El lector descubre en este libro varios poemas en los que Juan Ramón da las gracias a su dios-conciencia universal encontrado en el mar. Por ejemplo, y según la numeración de Aguilar, en el 51, que empieza «Gracias, mi dios de todas las ventanas, / mi conciencia en belleza», porque en esos años finales de su vida se sabe rodeado de seres y cosas amables.

También el 52 comienza mostrando su agradecimiento: «Gracias, dios deseante, aurora grana, / dios, sol entre los árboles cobrizos de este hoy», porque ilumina su vida con luz resplandeciente. Y al final del número 57 es más explicativo aún: «Gracias, yo te las doy siempre. ¿A quién las doy? / A la belleza inmensa, se las doy, / que soy yo bien capaz de conseguir; / que tú has tocado, que eres tú». Así que Dios es la belleza inmensa, y Juan Ramón es capaz de conseguirla y de cantarla, por lo que siempre le da las gracias.

Las gracias a Dios

Debemos citar otro escrito muy aclarador. Se trata de unas «Notas» dispuestas para la no realizada edición de *Dios deseado y deseante*, así como *Animal de fondo* llevaba otras para ayudar a los lectores a interpretar los poemas. En ellas expone Juan Ramón el desastre que fue su educación en un colegio de jesuitas, y el motivo de su agradecimiento a Dios. He aquí el inicio de las confidencias, lo único que ahora importa leer:

UNA de las luchas diarias de mi vida, desde mi adolescencia, y sobre todo después de salir del colegio de los jesuitas, ha sido y sigue siendo pensar en Dios sin todo ese aparato y achaque que le han puesto los hombres durante tantos siglos sobre su infabilidad. Yo querría que al decir yo «Gracias, Dios» (y yo suelo dar gracias al Dios posible más que pedirle sino cosas grandes y no de utilidad práctica) no me representara un ídolo, un ente idolátrico, [...]⁶.

Es una confesión muy clara: Juan Ramón prefería dar gracias al que llama Dios posible, no el de los jesuitas, en lugar de pedirle milagritos cotidianos. Explica la necesidad de olvidar la iconografía de los templos y de los libros católicos, para conseguir pensar en Dios, en ese Dios que en el Sinaí prohibió a sus creyentes la realización de imágenes.

⁵ Juan Ramón Jiménez, *Dios deseado y deseante*, ed. de Antonio Sánchez Barbudo, Madrid, Aguilar, 1964. El editor declara continuamente no comprender los poemas que intenta comentar.

⁶ Lo reprodujo el jesuita Carlos del Saz-Orozco en su ensayo *Desarrollo del concepto de Dios en el pensamiento religioso de Juan Ramón Jiménez*, Madrid, *Razón y Fe*, 1966, p. 194.

La oración se expresa mediante un monólogo con apariencia de diálogo. El creyente se dirige personalmente a Dios, aunque no espere una respuesta hablada. Cuenta Mateo en el sexto capítulo de su *Evangelio* que Cristo ordenó orar a solas, con la puerta del aposento cerrada, dirigiéndose al Padre que está en los cielos para pedirle solamente pan, perdón y fortaleza.

La corrección aclaradora

Y para acabar de confirmar la hipótesis en lo posible, ya que no disponemos de una confidencia cierta del autor, recurrimos ahora al manuscrito original del poema. Observamos en él cinco tachaduras, de las cuales cuatro obedecen a sustituciones de palabras, y una a la eliminación de un verso heptasílabo. Es el verso que precisamente explica el contenido del poema.

A continuación de la estrofa en que declara haber perdido la noción del tiempo, cuenta que vio al ser misterioso «serio, callado, quieto, allí conmigo». El verso siguiente, tachado y no repuesto, decía: «¡Amigo, muchas gracias!» Quitó la palabra delatora, «Amigo», porque la acción de dar las gracias se narra a continuación y se explicita en el penúltimo verso.

Los escritos místicos suelen denominar Amigo a Dios. Hacia 1275 compuso Ramón Llull su *Llibre d'Amic e d'Amat*, a partir de la declaración del Cristo a sus discípulos, conforme la expone el *Evangelio* de Juan: «Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os he llamado amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre os las he dado a conocer» (15:15). Por lo que el cristiano es amigo del Cristo, así como Abraham es llamado el amigo de Dios en el tiempo precedente.

¿Quién es el amigo de Juan Ramón? ¿Y qué es lo que le agradece? Por cuanto llevamos dicho, parece que debe de ser Dios, sin que sea factible precisar más en cuanto a las consideraciones que hará en *Dios deseado y deseante* sobre su esencia.

Y lo que le agradece es, al parecer, su presencia allí junto a él, cuando se halla afligido y lloroso. No sabemos lo que sucedía en su alma para causar ese desasosiego, pero sí que la aparición silenciosa de Dios disipa su angustia. Como decía su admirado Juan de la Cruz en el *Cántico espiritual*, «con sola su figura». Y se iluminó la noche oscura en el mar real o ideal.

Parece, pues, lícito interpretar el poema juanramoniano como una oración o acción de gracias a Dios por acompañar al poeta en momentos de soledad o angustia. Se dirigió a él por sentir su esencia, en un diálogo sin